



SERGIO LUZZATTO

El cuerpo del duce

Un ensayo sobre
el desenlace del fascismo

PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

EL CUERPO DEL DUCE
Un ensayo sobre el desenlace del fascismo

Sergio Luzzatto

Traducción de Javier Brox Rodríguez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

- © Sergio Luzzatto
Edición original italiana: *Il corpo del duce. Un cadavere tra immaginazione, storia e memoria*, Turín, Giulio Einaudi editore, 2011.
- © De la traducción, Javier Brox Rodríguez y Miguel Ángel Ruiz Carnicer (revisor técnico)
- © De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza (Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social)
1.ª edición, 2020

Colección Ciencias Sociales, n.º 142
Director de la colección: Pedro Rújula López

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12
50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330. Fax: 976 761 063
puz@unizar.es <http://puz.unizar.es>

La colección Ciencias Sociales de Prensas de la Universidad de Zaragoza está acreditada con el sello de calidad en ediciones académicas CEA-APQ, promovido por la Unión de Editoriales Universitarias Españolas y avalado por la Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación (Aneca) y la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (Fecyt).

ISBN: 978-84-1340-023-5

Impreso en España

Imprime: Servicio de Publicaciones. Universidad de Zaragoza

D.L.: Z 264-2020

PREÁMBULO

Durante una visita turística a Roma que tuvo lugar en 1951, Jean Paul Sartre —personaje simbólico del existencialismo francés— decidió visitar la iglesia de Santa María de la Concepción, en la calle Veneto. Se trata de la iglesia de los capuchinos, conocida por su cripta, en la que se conservan miles de huesos de los frailes convertidos durante la segunda mitad del siglo XVIII en algo parecido a una obra de arte, siguiendo un gusto barroco o rococó por la muerte. Hay cráneos, mandíbulas, omóplatos, costillas, vértebras, tibias, pelvis, fémures, ingeniosamente dispuestos para decorar capillas, adornar cúpulas, embellecer nichos, enmarcar cuadros, esculpir altorrelieves... Sartre, profundamente laico, quedó horrorizado y dejó constancia en su diario de viaje del severo juicio que aquello le merecía: «No es precisamente cristiano convertir un osario en un rompecabezas; profanación de sepulturas, sadismo, necrofilia, un sacrilegio flagrante». Sin embargo, la Santa Iglesia de Roma «saca provecho de esta capuchinada» y no quiere saber nada de la cruel falta de compasión que implica:

Aquí, la gangrena capuchina ha llegado al hueso. ¡Qué herejía! Para ensañarse con estos restos putrefactos hace falta creer que todavía tienen alma. ¡Y qué odio! Estos capuchinos son los antepasados del gentío que abofeteaba en Milán a Benito Mussolini muerto y colgado por los pies. La muerte es un escándalo para el odio. Privada de su presa, se queda pasmada ante el odiado cadáver como un hombre al que le han hecho pasar el hipo.

Según la denuncia de Sartre, los capuchinos del siglo XVIII no habían dado sepultura a sus hermanos por la misma razón por la que los partisanos no habían enterrado inmediatamente el cuerpo del *duce* fusilado en 1945, sino que lo habían mostrado al gentío en la plaza de Loreto: «para alargar el placer», el placer del odio. Y para construir sobre el placer una forma de poder, tan innatural como concreta y tan improbable como eficaz: «impiden que el hombre se convierta en cosa para poderlo tratar como una cosa, sustraen los huesos a su destino mineral para poder servirse de ellos en una caricaturización del orden humano».

Los hermanos capuchinos y el cuerpo del *duce*. En julio de 1952, cuando publicó en una revista su narración de la visita a la cripta, Jean-Paul Sartre no podía imaginar hasta qué punto la ocurrencia de juntar ambas ideas resultaba, al mismo tiempo, pertinente e injusta, inexacta y correcta. No podía sospechar que el cadáver de Mussolini se encontraba precisamente en manos de los hermanos capuchinos, que en el verano de 1946 habían visto cómo las más altas autoridades de la República se lo entregaban en el más absoluto secreto, después de que militantes neofascistas lo hubieran sustraído del cementerio milanés de Musocco y las fuerzas de orden público se hubieran movilizado para recuperarlo. Resultaba inexacta la ocurrencia de Sartre, porque estos otros capuchinos (los frailes del convento de Cerro Maggiore, en la provincia de Milán) no estaban en absoluto ultrajando el cuerpo del *duce*, ni siquiera exhibiéndolo, sino intentando protegerlo o por lo menos esconderlo. Pero la ocurrencia de Sartre era también correcta, porque las aventuras de ultratumba de los capuchinos y de Mussolini compartían la misma lógica y remitían a una única historia, la antiquísima historia del control de la Iglesia sobre los cuerpos humanos, en particular sobre los cuerpos de los muertos, y la historia reciente de los esfuerzos realizados por la Italia laica para disputar a la Iglesia los esquemas materiales y simbólicos de dicho control con el objeto de fundar sobre los muertos una religión civil.

El Sartre de principios de los años cincuenta presumía de viajar más como antropólogo que como turista. Buscaba, no solo en Italia, metonimias de la realidad en las personas y en las cosas, «situaciones» funcionales para una «antropología sintética». En una calle Veneto a la que todavía no había llegado la *dolce vita*, la cripta de los capuchinos le pareció un caso ejemplar digno de estudio. Para el filósofo de la *rive gauche*, Italia seguía

siendo en realidad, desde cualquier punto de vista, el mismo país de los siglos XVI y XVII, el del Concilio de Trento y el barroco. «Los italianos de hoy en día son herederos de la Contrarreforma. Su patetismo, su amor por la velocidad, su carácter sinuoso, su elocuencia». Había sido barroca la política del país entre 1870 y 1900; era barroca *La Domenica del Corriere della Sera* de Milán; barroco Mussolini; barroca Roma («es una ciudad política, no religiosa»); barroco el monumento a Víctor Manuel II, el Altar de la Patria; y era barroco, sobre todo, el osario de Santa María de la Concepción. «La *verdad* del barroco (odio hacia los cuerpos, reducidos a mera *expresión*) reside en el cementerio de los capuchinos».

La recomendación de visitar la cripta romana como «situación» de la Italia moderna debió de proporcionársela a Sartre su interlocutor cisalpino de confianza, Carlo Levi, quien había comenzado él mismo, a partir de *Cristo si è fermato a Eboli* (Cristo se paró en Éboli), a realizar un tipo de antropología tan *amateur* en su método como perspicaz en sus conclusiones. Levi tenía el recuerdo reciente de un descenso a las catacumbas que se encuentran bajo el convento palermitano de los capuchinos, las cuales también conservan —dispuesto más o menos artísticamente— un «pueblo de muertos». La visita le sirvió para escribir unas sugerentes páginas que después retomaría en *Le parole sono pietre* (Las palabras son piedras). Levi —pintor, además de escritor, y médico, además de pintor— había diagnosticado en las momias de Palermo, «en aquella grisura, en aquel tono apagado», algo que «se parece extrañamente a lo que comparten todas las caras de los pobres: la muerte, a solo un paso de la miseria; la muerte que, como la miseria, más aún que la miseria, confiere a todas las caras un aire de autenticidad». En las momias de Palermo Levi había reconocido a los italianos de la inmediata posguerra. ¿Pobres pero *guapos*? [título de un película dirigida por Dino Risi en 1957]. Mas bien, pobres pero auténticos.

El amigo de Sartre al que visitó en el otoño romano de 1951, la víspera de su horrorizada exploración del osario de la calle Veneto, era el mismo que estaba dándole vueltas —con una aguda mirada sin igual en la Italia de aquellos años— a un «fenómeno extraño, grotesco, y psicológicamente preocupante», el fenómeno del neofascismo. De hecho, Levi dedicaría en 1952 un ensayo particularmente agudo a la reorganización política y sobre todo a la reorganización mental de los fascistas que habían sobrevivido a la derrota. Más que una rimbombante arenga contra el escandaloso renacer

del fascismo bajo la cobertura legal del Movimento sociale italiano (MSI) (Movimiento Social Italiano), este antiguo dirigente del Partito d'azione (Partido de Acción) dibujaba un retrato del fascista como tipo humano: el retrato de hombres y mujeres que, desde los tiempos de la plaza de Loreto, estaban viviendo en el «limbo de los sentimientos sin cuerpo y de los resentimientos sin motivo, del heroísmo sin riesgo, de la repetición mecánica de gestos e intenciones»; en el limbo de acciones «ni del todo terroristas, ni del todo infantiles», como la sustracción del cuerpo de Mussolini en 1946; en el limbo de las «falsas esperanzas» y de los «falsos milagros». Era el retrato, a fin de cuentas, de

todos aquellos que, por carecer realmente de suficiente cultura, dinero o vitalidad, o por incapacidad para integrarse activamente en la vida del País, pero conscientes de que la única posibilidad de autoafirmarse reside en un milagroso cambio de valores, solo hallan en las mitologías irracionales del fascismo el desahogo a su rencor, la compensación de sus carencias, el alivio del sentimiento humillante de su propia impotencia, la ilusión de un irracional cambio a través del cual poder, como por encanto, convertirse en los primeros, en los jefes o en los fieles secuaces de jefes omnipotentes.

Leído hoy, sesenta años después, este retrato colectivo no vale solo para los italianos de 1952 que añoraban al *duce*, sino que parece cortado a la medida de la generación de sus nietos, que durante mucho tiempo han estado esperando una milagrosa versión actualizada y mejorada del líder omnipotente. Dicho de otra manera, ese retrato colectivo parece aludir al lumpemproletariado itálico, tan absolutamente carente de recursos culturales, económicos y morales como para caer en la trampa del charlatán carismático de turno. Sea como fuere, las pinceladas de Carlo Levi reflejaban fielmente la Italia de la posguerra, inconsciente del «milagro económico» que estaba aguardando a la vuelta de la esquina, una Italia que todavía no había sido tocada por la varita mágica del *boom*, proclive, por lo tanto, a aferrarse a otro tipo de milagros, al mismo tiempo antiguos y actuales. Para decirlo con una imagen, era la Italia del cuerpo invisible de Mussolini, aunque también la del cuerpo perfectamente visible de un capuchino con los estigmas, el padre Pío da Pietrelcina.

El convento de los capuchinos de Cerro Maggiore —un lugar cuya existencia podía perfectamente ignorar Jean-Paul Sartre— tiene valor de «situación» de la Italia posbélica, tanto por lo menos como el osario romano de Santa María de la Concepción. Allí, escondida primero en un ar-

quibanco situado junto al altar de una capillita del primer piso, y después dentro de un armario encargado ex profeso por el prior, los frailes dieron cobijo en secreto a una caja de madera basta que contenía el cuerpo del *duce*. La tuvieron escondida desde el verano de 1946 hasta el verano de 1957, cuando las más altas autoridades de la República italiana juzgaron que se daban las condiciones propicias para devolver los restos de Mussolini a su piadosa familia, permitiendo así que fuera enterrado en la cripta romana de Predappio. Se trataba literalmente de un cadáver en el armario que renovaba la tradición milenaria del derecho de asilo en sagrado, al tiempo que evidenciaba la incapacidad de la recién nacida República para gestionar el cuerpo del *duce* por sus propios medios, oculto en alguna dependencia del Estado. Un cadáver en el armario, y además en el armario de un convento.

Basta hojear las revistas ilustradas de los años cincuenta para comprobar cómo la Italia de la posguerra del segundo conflicto mundial —la Italia «nacida de la Resistencia»— seguía siendo tierra de asilo para los naufragos del *Ventennio* [los veinte años de fascismo]. El fascismo clerical, esa extraña planta que había brotado entre la Marcha sobre Roma de 1922 y los Pactos lateranenses de 1929, proyectaba sobre todos ellos una sombra tan densa como protectora. Es cierto que la Constitución republicana prohibía explícitamente la «reorganización, bajo cualquier forma, del disuelto partido fascista» y que, por otra parte, la denominada ley Scelba, promulgada en 1952, detallaba las sanciones civiles y penales a las que se exponían los neofascistas. Sin embargo, más allá de cualquier tipo de disposición legal, la Italia de los años cincuenta tendía más a mostrarse cristianamente tolerante con las desventuras de los antiguos fascistas que a enorgullecerse jacobinamente con los fastos de los antiguos partisanos. Y cuando, en lugar de volver los ojos hacia los vivos, dirigía su mirada hacia los muertos de la guerra civil de 1943-1945, le costaba construir a partir del martirologio partisano una memoria fundadora, un culto patriótico.

Pier Paolo Pasolini, el más corporal de los intelectuales italianos del momento —el poeta que se sentía comunista incluso después de su expulsión del Partido y que no había dejado de elaborar el luto por la muerte (bajo fuego amigo) de su hermano partisano—, fue uno de los pocos antifascistas que reconocieron con claridad la dificultad de construir una religión civil sobre los caídos de la Resistencia y en general sobre las víctimas

antifascistas, sobre todo si habían muerto antes de la guerra. En unos versos suyos de 1954 resuenan algunas páginas del *carnet de voyage* romano de Sartre, en concreto aquellas en las que el escritor francés contrapone la capuchinada barroca de la cripta de la calle Veneto a la sobriedad protestante del denominado cementerio de los ingleses, situado en el barrio romano de Testaccio. Se trata de los versos de *I ceneri di Gramsci* (Las cenizas de Gramsci), compuestos después de que Pasolini mismo, «llegado por casualidad / a este árido invernadero», hubiera estado meditando sobre la «severa elegancia / no católica» de las sepulturas protestantes y se hubiera preguntado si la descuidada tumba de Gramsci, ese «muerto sin adornos», además de ser representativa de una «posguerra terminada», no lo era también de «la ausencia de cualquier religión verdadera».

En pocos años iban a cambiar muchas cosas en Italia, en especial tras lo ocurrido en julio de 1960 en Génova, donde se vivieron aquellos días de insurrección antifascista en contra del Movimiento Social Italiano y del Gobierno Tambroni que Carlo Levi, como era de esperar, narró de forma incisiva. Una vez sepultado en Predappio el cuerpo del *duce* y una vez rechazada la maniobra del fascismo clerical para incluir a los *missinos* [los representantes del MSI] en el arco constitucional, los muertos de la Resistencia se convirtieron en los claros protagonistas de la memoria histórica del país durante por lo menos quince años. La milagrosa prosperidad que garantizaba el *boom* económico se encargaría del resto, transformando la península en un preciado botín de la religión occidental del consumo. De ahí que, casi de la noche a la mañana, resultaran totalmente incongruentes ciertos alegatos jacobinos de Pasolini, entre ellos una invectiva de 1964 contra los poderosos de la nueva Italia, los Crespi, los Agnelli, los Valletta, merecedores de caer en manos de la diosa de la caza personificada por partisanos redivivos, visto que no iban a acabar en manos de la ciega diosa de la justicia.

Y aquellos que han sustraído del bien común
capital precioso y que ninguna ley puede
castigar, pues bien, id y atadlos con la soga
de las matanzas. Al final de la plaza de Loreto
todavía quedan, repintados, algunos
surtidores de gasolina, rojos bajo el tranquilo
sol de la primavera que vuelve
con su destino: es hora de que sea otra vez un cementerio.

S. L.

Las citas de Sartre provienen de Jean-Paul Sartre, *Les Mots et autres écrits autobiographiques*, Gallimard, París, 2010 [edición española: «Un jardín de capuchinos», en *Literatura y arte. Situations, IV*, Losada, Madrid, 2013, pp. 363-370]. Las de Levi, de C. Levi, *Le parole sono pietre. Tre giornate in Sicilia*, Einaudi, Turín, 1955 [edición española: *Las palabras son piedras. Tres jornadas en Sicilia*, Editorial Platina, Buenos Aires, 1956]; íd., *Il dovere dei tempi. Prose politiche e civili*, Donzelli, Roma, 2004. Las de Pasolini, de P. P. Pasolini, *Le ceneri di Gramsci. Poemetti*, Garzanti, Milán, 1957 [edición española bilingüe: *Las cenizas de Gramsci*, Visor Libros, Madrid, 2009]; íd., *Poesia in forma di rosa. 1961-1964*, Garzanti, Milán, 1964 [edición española: *Poesía en forma de rosa (1961-1964)*, Visor Libros, Madrid, 2002].

El texto completo del libro corresponde fielmente (incluidas las notas) al de la primera edición, publicada en 1998. Desde entonces he explorado el campo de la antropología política del cuerpo en la Italia moderna a través de nuevas aportaciones, entre las que me permito señalar: *La mummia della repubblica. Storia di Mazzini imbalsamato*, Rizzoli, Milán, 2001 (nueva edición, Einaudi, Turín, 2011); *L'immagine del duce. Mussolini nelle fotografie dell'Istituto Luce*, Editori Riuniti, Roma, 2001; «Il corpo politico», en U. Lucas (ed.), *Storia d'Italia, annali*, vol. xx, *L'immagine fotografica 1945-2000*, Einaudi, Turín, 2004; *Padre Pio. Miracoli e politica nell'Italia del Novecento*, Einaudi, Turín, 2007; «Corpi speciali», en *Sangue d'Italia. Interventi sulla storia del Novecento*, manifestolibri, Roma, 2008; «25 aprile 1945. La liberazione», en AA. VV., *I giorni di Milano*, Laterza, Roma-Bari, 2010.

Enumero a continuación los estudios que desde 1998 se han ocupado de los temas a los que se refiere *El cuerpo del duce*.

El neofascismo italiano de los quince años posteriores a la Liberación ha sido estudiado por F. Germinario, *L'altra memoria. L'Estrema destra, Salò e la Resistenza*, Bollati Boringhieri, Turín, 1999; G. Parlato, *Fascisti senza Mussolini. Le origini del neofascismo in Italia, 1943-1948*, il Mulino, Bologna, 2006; A. Carioti, *Gli orfani di Salò. Il «Sessantotto nero» dei giovani neofascisti nel dopoguerra, 1945-1951*, Mursia, Milán, 2008; íd., *I ragazzi della Fiamma. I giovani neofascisti e il progetto della grande destra, 1952-1958*, Mursia, Milán, 2011.

Sobre las circunstancias del ocultamiento del cuerpo del *duce*, puede consultarse: F. Bonacina, *La salma nascosta. Mussolini a Cerro Maggiore dopo Piazzale Loreto (1946-1957)*, Comune di Cerro Maggiore, Cerro Maggiore (Mi), 2004. El discurso «anti-antifascista» predominante en la Italia de la posguerra ha sido objeto de estudio por parte de R. Liucci, *L'Italia borghese di Longanesi. Giornalismo, politica e costume negli anni '50*, Marsilio, Venecia, 2002; A. Rapini, *Antifascismo e cittadinanza. Giovani, identità e memorie nell'Italia repubblicana*, Bononia University Press, Bologna, 2005; S. Gerbi y R. Liucci, *Lo stregone. La prima vita di Indro Montanelli*, Einaudi, Turín, 2006; C. Baldassini, *L'ombra di Mussolini. L'Italia moderata e la memoria del fascismo (1945-1960)*, Rubbettino, Soveria Mannelli (Cz), 2008.

Sobre la retórica funeraria subsiguiente a la Liberación, la obra de referencia es la de G. Schwarz, *Tu mi devi seppellir. Riti funebri e culto nazionale alle origini della Repubblica*, Utet, Turín, 2010. Sobre la cuestión, me permito remitir también a S. Luzzatto, «Introduzione», en P. Calamandrei, *Uomini e città della Resistenza (1955)*, Laterza, Roma-Bari, 2006.

Sobre el retorno actual de la política entendida como personificación del liderazgo, el libro de referencia es el de M. Belpoliti, *Il corpo del capo*, Guanda, Milán, 2009.

PRÓLOGO CORPORAL

La historia italiana no conoce ningún episodio tan atroz como el de la plaza de Loreto. Ni siquiera las tribus antropófagas se ensañan tanto con sus muertos. No se debe olvidar que quienes ejecutaron el linchamiento no representan el porvenir, sino el retorno del hombre ancestral. [...] De nada sirve atribuir a la guerra el origen único de semejante crueldad. Los linchadores de la plaza de Loreto no habían visto nunca una trinchera; se trata de renegados o de menores de edad que no fueron a la guerra.

A pesar de las apariencias, esta página de periódico no se refiere al Milán de finales de abril de 1945, la ciudad liberada de la ocupación alemana por la Resistencia y por los Aliados. Las víctimas del linchamiento no son Mussolini y los jefes fascistas; el gentío no es el mismo que estaba enfurecido por el dolor y las privaciones de la Segunda Guerra Mundial; ni los culpables del linchamiento pertenecen a las brigadas partisanas. El texto fue publicado en Milán, en junio de 1920, durante la oleada de huelgas y violencia del «bienio rojo». El muerto es un oscuro sargento primero de los carabinieri, un tal Giuseppe Ugolini, que pasaba casualmente en ese momento por la plaza de Loreto.¹ Los responsables del linchamiento son militantes anarquistas y socialistas de la zona de la avenida Monza, que, exasperados por la política represiva del Gobierno Giolitti, recurren a la violencia tras varios días de huelga. Benito Mussolini desempeña un papel en lo ocurrido, pero no el de víctima, sino el de autor del texto en cuestión, en calidad de director del *Il Popolo d'Italia* (El Pueblo de Italia).²

Un historiador difícilmente podría esperarse una coincidencia tan afortunada. Descubrir entre sus fuentes algo semejante al editorial que Mussolini mismo, periodista de raza, dedicaría al propio suplicio en la plaza de Loreto... Sin embargo, ni siquiera la coincidencia más afortunada deja de ser una mera coincidencia. El editorial de *Il Popolo d'Italia*, publicado cuando Mussolini se disponía a poner sus *Fasci di combattimento* (escuadrones de combate) a disposición de Giolitti para conjurar la amenaza

de una revolución filobolchevique, está más relacionado con la historia de los orígenes del régimen fascista³ que con la historia del cuerpo muerto del *duce*. Aun así, el texto sobre las «tribus antropófagas» de la plaza de Loreto resulta válido como punto de partida, en la medida en que subraya —con la fuerza que deriva de la pura casualidad— la dimensión intrínsecamente trágica de la vida de Mussolini. ¿No es acaso un auténtico drama que alguien no sepa que está comentando en detalle, con veinticinco años de antelación, las horribles circunstancias del final de su vida?

En los escritos de Mussolini se pueden encontrar otros signos premonitorios del destino «grotesco y sublime» de un hombre público querido por todos y odiado por todos.⁴ Entre esos signos se encuentran las palabras que los familiares y los seguidores del *duce* acabarán considerando, después de 1945, un documento irrefutable de sus facultades premonitorias: «Sería una gran ingenuidad pedir que me dejaran tranquilo una vez muerto. Alrededor de las tumbas de los líderes de esas grandes transformaciones que llaman revoluciones no puede haber paz»⁵ (foto 1). Pero el juego de las coincidencias termina ahí. La muerte violenta de Mussolini a manos de los partisanos comunistas ante la verja de entrada de una villa del lago de Como no estaba mecánicamente predestinada; ni el linchamiento del cadáver ni su exhibición pública a la vista del pueblo de Milán obedecen en absoluto a un destino predeterminado. Lo cual no impide que haya que partir de muy atrás en la biografía de Mussolini para reconstruir su historia *post mortem*, para dar cuenta desde el punto de vista histórico de Giulino di Mezzegra y de la plaza de Loreto, para dar sentido a las venturas y desventuras de sus restos mortales durante los primeros años de la República y definir de qué manera estuvo presente el *duce* —ya muerto— en la vida real e imaginaria de los italianos.

Mussolini fue el primero en situar los acontecimientos de su vida bajo el signo del binomio vida/muerte o incluso muerte/resurrección.⁶ A partir de su experiencia de soldado en las trincheras de la Gran Guerra, el director de *Il Popolo d'Italia* decidió presentarse a los italianos en el papel de hombre público por antonomasia: público como figura excepcional, artífice máximo de la opción intervencionista y público también en la medida en que representaba a la gente corriente, jugándose la vida como un simple soldado raso.⁷ Tras ser gravemente herido, Mussolini utilizó propagandísticamente su convalecencia, presentándola como un descenso al reino de los

muertos. Quiso sanar de sus heridas como gesto de piedad hacia los caídos, lo cual le hizo merecedor —explicarían más tarde sus hagiógrafos— del eterno reconocimiento de las madres y de las viudas de los muertos.⁸ Mussolini tuvo la habilidad de salir del infierno del Carso habiendo superado la prueba suprema consistente en el derramamiento de la propia sangre. ¡En su esfuerzo por garantizar a los italianos un futuro mejor, el *duce* había estado a punto de morir antes incluso de existir!

La prehistoria del cuerpo muerto del *duce* debe ser reconstruida a partir de la Gran Guerra, precisamente porque el primer conflicto mundial convirtió los cuerpos de los heridos y de los muertos en el núcleo del discurso político.⁹ Mussolini no tardó en tomar posición al respecto. Desde diciembre de 1917, el director de *Il Popolo d'Italia* señaló a los mutilados como la vanguardia del ejército de veteranos del que nacería la *trincerocracia* de la posguerra.¹⁰ Cuando por fin callaron las armas, la liturgia del Soldado Desconocido supuso una señal más de la irrupción de la biopolítica¹¹ en el horizonte cultural de la posguerra europea.¹² En el contexto italiano, la consecuencia más profunda fue la decisión del fascismo de basar su legitimación histórica y su programa político en la tragedia de la Gran Guerra, convirtiendo cada gota de sangre vertida en nueva sangre dispuesta a ser derramada.¹³ Mussolini no salió de las trincheras solo con los estigmas del héroe caído y después resucitado por voluntad de la nación. El viático del Carso incluía un diccionario y las herramientas necesarias para la práctica de la violencia, entendida como generadora de una religión civil basada en la agresión física al adversario, la destrucción de sus locales de reunión y el homicidio como arma política.¹⁴ Por su parte, para luchar contra el fascismo, los adversarios de Mussolini prepararon un completo arsenal de nociones civiles y religiosas que iban desde el «calvario» hasta la «resurrección», desde el «holocausto» hasta la «trascendencia».¹⁵ En la Italia de la posguerra de la Primera Guerra Mundial las esferas de la vida, de la violencia y de lo sagrado se mantuvieron unidas por un estrecho vínculo.

El proceso moderno de politización de la *nuda vida*¹⁶ explica a la vez la cantidad y diversidad de significados que asume el cuerpo de Mussolini, antes incluso de convertirse en el cuerpo del *duce*. Para muchos seguidores del fascismo, más aún si se habían salvado de las bombas de la Gran Guerra, el cuerpo de Mussolini daba fe de la bondad de la causa por la que habían luchado en las trincheras y servía como garantía futura de revancha para una

generación dispuesta a organizarse como partido-milicia y poner sus escuadrones en marcha hacia Roma.¹⁷ Supone una excepción el *ardito* [soldado de vanguardia durante la Primera Guerra Mundial] Giuseppe Bottai, ansioso por alejar el fascismo de su dimensión «puramente biológic[a]»,¹⁸ decidido a evitar que la doctrina se encarnara en el cuerpo del líder; Curzio Malaparte, con la impaciencia típica de los escritores de la corriente *strapaese* [de carácter nacionalista y anticosmopolita], supone, por el contrario, una confirmación ejemplar del discurso dominante en el fascismo: «Ay, Mussolini, tipo duro, / ¿cuándo vas a empezar a montar jarana?». ¹⁹ La oposición, en cambio, prefería fingir que el cuerpo de Mussolini estaba muerto, porque simbolizaba ya entonces un mundo que había que enterrar. Eso era lo que sentían al menos los militantes socialistas, dispuestos a escenificar por las calles de Milán un falso funeral de Mussolini tras las elecciones de 1919, aciagas para el movimiento fascista. Y era también lo que sentía un redactor de *Avanti!* (¡Adelante!), responsable, en aquellas mismas circunstancias, de una nota de la sección de sucesos tan fantástica como macabra: «Un cadáver extraído de las aguas del Naviglio ha sido identificado como el de Benito Mussolini».²⁰

Menos de cinco años después, en agosto de 1924, el cadáver hallado de verdad entre la maleza del campo romano fue el de Giacomo Matteotti. A nosotros nos interesa subrayar la dimensión estrictamente corporal de su martirio. Bastante antes de matarlo a golpes, ya desde los tiempos de las luchas políticas y sociales en el Polesine del «bienio rojo»,²¹ los miembros de los escuadrones habían intentado agredir físicamente al líder socialista a través de una larga serie de ataques que culminaron con el ultraje supremo de la violencia sexual.²² El símbolo que querían destruir los fascistas era el cuerpo de Matteotti. El carácter morboso de la falsa noticia que se difundió en los ambientes periodísticos romanos el día siguiente del hallazgo de sus restos mortales, según la cual había sufrido la mutilación de los órganos genitales,²³ retrata perfectamente la atmósfera de un conflicto político que había degenerado hasta estadios anteriores a los del combate viril; en vez de la pelea física, se había pasado a la aniquilación, al desmembramiento, incluso al consumo de los cuerpos. «Con la carne de Matteotti haremos salchichones», parece que cantaban algunos fascistas tras el asesinato.²⁴ Se trataba de una fanfarronería destinada a perdurar en el tiempo y que hubiera podido volverse en su contra, si tenemos en cuenta que, un cuarto de siglo más tarde, con ocasión del segundo proceso contra los responsables del delito, circuló de nuevo la falsa noticia de que los testículos de Matteot-

ti habían sido seccionados del cuerpo y blandidos por los asesinos a sueldo como símbolo de la victoria.²⁵ Como salchichón o convertida en trofeo, lo cierto es que la carne del antifascista fue tratada por muchos de los miembros de los escuadrones con el sacrílego desprecio hacia los cadáveres que habían aprendido cuando eran soldados en las trincheras de la Gran Guerra, acostumbrados a comer, beber y dormir al lado de muertos hechos papilla. La convivencia forzosa entre supervivientes y caídos que allí tuvo lugar había llevado la experiencia de la muerte más allá de los límites de lo impúdico y lo grotesco.²⁶

En el imaginario de la Italia antifascista, el *duce* empezó a morir a partir del hallazgo de los restos de Matteotti. Con la complicidad de la noche, varios retratos de Mussolini pegados por las calles de Roma fueron retocados con tinta roja. Caían gotas de sangre de la garganta del *duce*, muerto en pintura veinte años antes del 25 de julio de 1943.²⁷ Los italianos que, en mayor o menor número, siguieron siendo antifascistas tras el fracaso de la Secesión del Aventino [que supuso el abandono del Parlamento por parte de la oposición] soñaban con la muerte de Mussolini, aunque no todos la imaginaban como una muerte violenta. Por ejemplo, un cura rural de Apulia dedicó sus desvelos a componer un breve poema de tono erasmista en el que el *duce*, tras ser rechazado por san Pedro a las puertas del paraíso, caía en desgracia «maldecido por el cielo, la tierra y el infierno».²⁸ Un ilustre paisano del cura, Gaetano Salvemini, empezó entonces a reflexionar sobre la importancia determinante del caso Matteotti en la evolución del régimen fascista, para acabar concluyendo que el espectro del líder socialista iba a estar persiguiendo a Mussolini hasta sus últimos días, incluso si no se hallaba la prueba material de la responsabilidad del *duce* en el asesinato.²⁹ «Hay dos muertos, Matteotti y Mussolini», constataba uno de los periodistas más agudos del país, Ugo Ojetti; «Italia está partida en dos mitades, la de los que lloran por la muerte de uno y la de los que lloran por la muerte del otro».³⁰

Las circunstancias que hicieron posible que Mussolini sobreviviera políticamente tras el caso Matteotti son conocidas y terminaron provocando incluso la consolidación de la dictadura.³¹ Sin embargo, a pesar de tratarse de un tema del que recientemente se han ocupado los historiadores, los cauces a través de los cuales la Italia antifascista expresó su duelo por el asesinato del diputado socialista son menos conocidos. Desde las semanas

que mediaron entre el 10 de junio y 16 de agosto de 1924, es decir, entre la desaparición de Matteotti y el hallazgo de su cadáver, las muestras de reconocimiento hacia el personaje político adquirieron la forma típica del culto religioso, mediante la consideración de la víctima como un apóstol o la reproducción de su retrato en forma de imagen sagrada.³² En el hemicíclo de Montecitorio el máximo dirigente socialista, Filippo Turati, habló en términos de religión civil:

De nada servirá que hayan troceado sus miembros, de nada (según se cuenta) que lo hayan ultrajado vilmente, de nada que su rostro dulce y sereno haya sido desfigurado. Los miembros han regresado al cuerpo. El milagro de Galilea se ha vuelto a consumar. Fariseos de distinto linaje, ¿para qué ha servido buscarlo en vano?, ¿para qué han servido los hidroaviones sobre el lago, las batidas entre la maleza, buscar en los hornos?

Su tumba nos ha devuelto sus restos. El muerto se levanta.³³

Se levanta —explicó Turati— con el semblante de la némesis histórica. Mira más allá de los asesinos a sueldo, hacia el instigador del delito. Deja de ser víctima para convertirse en justiciero. «Giacomo Matteotti vence al morir», y cuanto más ausentes y escondidos están sus restos, más les sirve de guía a sus seguidores.³⁴

Por lo que respecta a la historia del cuerpo del *duce*, llaman la atención sobre todo las formas de elaboración del luto practicadas por los antifascistas tras el hallazgo del cuerpo de Matteotti.³⁵ Resulta impresionante, en ese sentido, el parecido que guardan con las manifestaciones de duelo que los fascistas dedicarían a los restos de Mussolini en la posguerra de la Segunda Guerra Mundial. No menos impresionante resulta la semejanza entre las medidas tomadas por el régimen fascista para impedir el culto a la memoria de Matteotti³⁶ y las empleadas por la República para impedir el culto a la memoria de Mussolini. En ambos casos, la batalla litúrgica se desarrolló sobre todo en torno al intento de los fieles de que, al no existir una tumba, el escenario del crimen se convirtiera en un lugar de memoria y duelo: el muelle del Tíber Arnaldo da Brescia, donde Matteotti fue raptado, y la verja de entrada de la villa Belmonte de Giulino, donde Mussolini fue fusilado. Y en ambos casos, la ardua lucha por conseguir un sepulcro propiamente dicho generó una concatenación de peregrinajes de sus seguidores, de fichas policiales, de reyertas entre fascistas y antifascistas, tanto en Fratta Polesine,³⁷ en los años veinte, como en Predappio, en los años cincuenta. Al final, también nacieron planes de sustracción del cadá-

ver de las dos sepulturas, iniciativas proyectadas más como instrumento de lucha política que como acto piadoso. El plan antifascista para sustraer los restos de Matteotti fue un mero proyecto,³⁸ mientras que el plan neofascista de sustracción de los restos del *duce*, cuando todavía estaban enterrados en el cementerio milanés de Musocco, se convirtió en realidad.

Todo ello, naturalmente, será objeto de análisis en los próximos capítulos. Pero la analogía entre las vicisitudes *post mortem* de Matteotti y de Mussolini se debe poner claramente de manifiesto para evitar la aproximación a la historia material e imaginaria del cadáver del *duce* a través del espejo deformante de una malentendida laicidad antifascista. En la Italia del siglo xx, el cuerpo de Mussolini no fue el único venerado como una reliquia³⁹ y tampoco el régimen fascista fue el único que intentó imponer una *damnatio memoriae* de los adversarios.

Los muertos no solo pesan, sino que además sobreviven. Los antifascistas de los años veinte y treinta hicieron suya de distintas maneras dicha advertencia, que Turati había lanzado a Mussolini cuando todavía no se había hallado el cadáver de Matteotti. Los más cultos encontraron en una fórmula del gusto de Karl Marx (*le mort saisit le vif*) la manera de expresar la deseada sumisión del destino del verdugo a la némesis de la víctima.⁴⁰ Los más simples se contentaron con el empleo de una aposición: Mussolini, asesino de Matteotti.⁴¹ En cualquier caso, el delito de 1924 y la asunción de su responsabilidad por parte del presidente del Gobierno en el famoso discurso del 3 de enero de 1925 quedaron grabados en la memoria colectiva de muchos italianos como prueba del carácter criminal del fascismo. El dolor y la rabia por el asesinato de Matteotti despertaron vocaciones antifascistas, especialmente entre los jóvenes de las clases subalternas. En esas vocaciones no faltaba un toque de leyenda, como en el caso del artista romano que muchos años más tarde ligaría su decisión de hacerse comunista al «fuerte shock» que le produjo la visión de Matteotti «con la cabeza separada del cuerpo», durante el paseo que estaba dando por el bosque de la Quartarella en el instante mismo en el que se encontró el cadáver.⁴²

El delito Matteotti hizo incluso que en los ambientes antifascistas se llegara al extremo de soñar con un delito Mussolini. Ya durante las febriles semanas de investigaciones sobre la desaparición del diputado, la convic-

ción de que el presidente del Gobierno no era ajeno al secuestro justificó la idea de un atentado. Aunque muy infiltrados por la policía del régimen, los denominados «Amigos del Pueblo» empezaron a organizar una conspiración bajo los auspicios del antiguo diputado Tito Zaniboni y del conocido periodista Giuseppe Donati.⁴³ El proyecto de los conspiradores, dispuestos a actuar siguiendo las instrucciones de una quiromante y decididos a dejar en manos de una misteriosa condesa el envenenamiento del *duce*, pecaba mucho de ingenuidad; y la convicción de que, en caso de que fallara dicho atentado, Peppino, Ricciotti y Sante Garibaldi, los nietos del Héroe de los Dos Mundos,⁴⁴ encabezarían una insurrección nacional, de lo que pecaba era de romanticismo. De todos modos, detrás de esas intrigas de rancio gusto histórico *risorgimental* son reconocibles las huellas de un sentimiento extendido en los núcleos antifascistas italianos. La nostalgia por las libertades perdidas no excluía en ellos la esperanza de que el *duce* muriera y tampoco la decisión de pasar a la acción para acabar con él.

Es el caso de Gaetano Salvemini, al que las obligaciones de su cátedra florentina no le impidieron participar en las intrigas de Zaniboni.⁴⁵ Tras el fracaso de la conjura, durante los años siguientes a su exilio, el profesor de Molfetta examinó los documentos del caso Matteotti como un minucioso medievalista, firmemente decidido a descubrir en ellos la prueba de la complicidad de Mussolini. Fue un esfuerzo inútil, digno de mención, sin embargo, en la medida en que Salvemini desempeñó un papel relevante en toda la historia del cuerpo del *duce*. Desde el fallido duelo de 1920⁴⁶ hasta las polémicas periodísticas de los años cincuenta, sin olvidar las luchas políticas de los años treinta y cuarenta, el historiador de Apulia pasó buena parte de su vida dando vueltas al problema de la supervivencia física o simbólica de Mussolini. Para pocos antifascistas italianos la corporeidad del *duce* revistió tanta importancia psicológica como para Salvemini. Quizá el único con el que se le puede comparar es Sandro Pertini, cuya lucha sin cuartel contra el líder del fascismo comenzó en 1925, tributando un homenaje al mito de Matteotti en Savona.⁴⁷

Incluso los niños sufrieron el trauma del caso Matteotti. Leonardo Sciascia, por ejemplo, participó precozmente en el luto por la muerte del diputado socialista a través de sus familiares. La tía del futuro escritor, que trabajaba como modista en Racalmuto, todavía conservaba el retrato de Matteotti en un cesto de la costura, enrollado entre los carretes de hilo y

los trozos de tela. Cuando su sobrino de tres o cuatro años insistía fascinado en verlo, la tía le mandaba callar diciéndole que *ese* lo había mandado matar...⁴⁸ Desde entonces, el hijo del minero siciliano del azufre vivió en su propia carne el problema de la existencia de Mussolini, y llegó a padecer incluso de insomnio (¡a los diez años!) tras el fracaso de un atentado contra el *duce*.⁴⁹ Todavía poco después del final de la Segunda Guerra Mundial, gracias a esa capacidad suya para entender mejor que nadie el carácter trágico de la historia italiana del siglo xx, Sciascia, como buen moralista que era, insistió en el nexo existente entre el destino cruel y el destino anunciado: «un hombre que muere trágicamente es, en cada instante de su vida, un hombre que morirá trágicamente».⁵⁰

La cronología de los símbolos no coincide mecánicamente con la cronología de las instituciones. En sentido estricto, la República italiana nació el 1 de enero de 1948, cuando entró en vigor la nueva Constitución; en sentido lato, la República nació con el referéndum del 2 de junio de 1946, cuando la mayoría del país votó a favor de la opción republicana, en contra del mantenimiento de la monarquía. Pero en lo profundo de la vivencia colectiva, la República nació el 29 de abril de 1945, cuando las brigadas partisanas y el pueblo de Milán se dieron cita en la plaza de Loreto para celebrar la muerte del *duce*.⁵¹ Aquel día los antifascistas confiaron al cadáver de Mussolini la tarea, trágica como pocas, de (re)presentar un discurso sobre la *polis*.⁵² Colgado por los pies del castillete de una gasolinera, el cuerpo del *duce* sirvió para afirmar la victoria de la Resistencia y a la vez para revocar el pacto carismático de Mussolini con los italianos, que incluía el culto al superhombre, el elogio de la violencia, la reivindicación de la primacía itálica sobre las poblaciones del Mediterráneo y la connivencia de la monarquía de los Saboya con un aventurero pueblerino. El cuerpo muerto del *duce* se merece una investigación histórica,⁵³ aunque solo sea porque la nueva Italia se juramentó sobre él para construir un futuro pacífico, democrático y republicano.

Los «padres de la patria» eran plenamente conscientes del enorme valor simbólico que representaba la ejecución del tirano, lo cual no impidió que la plaza de Loreto se convirtiera de inmediato en una especie de tabú para los integrantes del Comité de Liberación Nacional (CLN), el organismo unitario formado por los partidos políticos de la Resistencia. En la

medida en que encarnaba el horror de la guerra civil, el cadáver ultrajado de Mussolini contaba en realidad una historia poco presentable como mito de fundación de la nueva Italia. ¿Cómo se iba a poder conmemorar la muerte del *duce* sin evocar la suerte que había corrido su cadáver?⁵⁴ Y, sobre todo, ¿qué se podía pensar de la gente que aplaudía bajo la marquesina de la gasolinera?; ¿en qué medida los milaneses de la plaza de Loreto se parecían a los romanos que se congregaban en la plaza de Venecia y la Italia que quería crucificar al *duce* a la que lo bendecía? Al reconstruir la historia de su cuerpo reaparece, más vasta y profunda, la historia de los puntos de intersección entre fascismo, antifascismo y posfascismo.

Además de por su dramática presencia en el Milán de la Liberación, el cadáver de Mussolini interesa por su singular ausencia en la Italia de la inmediata posguerra. Tras haberlo recuperado de manos de los secuestradores neofascistas, en el verano de 1946, las autoridades del Estado decidieron esconderlo, y hasta 1957 sus restos mortales no fueron devueltos a la familia para ser sepultados en la cripta de Predappio. Resulta llamativo el contraste entre el espectáculo del 29 de abril de 1945 y el ocultamiento del decenio posterior a 1946, entre la absoluta transparencia de la exposición pública y la total opacidad de la sepultura secreta. Tras la condena a muerte del dictador, durante algo más de diez años, la República no se sintió suficientemente fuerte como para soportar la existencia de un sepulcro en el que los epígonos del *Ventennio* pudieran celebrar ritos nostálgicos. Al tratar los restos de Mussolini como si fuera un rehén, la institución recién nacida rendía pleitesía a la potencia del símbolo funerario.

En ausencia del cadáver, los italianos fantasearon sobre el destino de los restos mortales del *duce*. Han quedado sólidas pruebas tanto en el conjunto de la prensa como en la literatura de finales de los años cuarenta y cincuenta. Pero la incesante actividad de la imaginación y la ardua labor de la memoria —casi un examen de conciencia— coincidieron entonces fatalmente. Alrededor del cadáver de Mussolini se elaboraron dos relatos especulares y enfrentados sobre el fascismo y la guerra civil: uno de ellos, laicamente despiadado con los verdugos de Italia; el otro, cristianamente proclive al perdón del dictador y de sus numerosos seguidores. Así entendida, la vida póstuma de Benito Mussolini refleja algunas de las características primordiales de la cultura política republicana, dividida entre intransigencia e indulgencia, radicalismo y transformismo, deber de la memoria y arte del olvido.

ÍNDICE GENERAL

Prefacio a la edición española	7
Nota del traductor	9
Preámbulo	11
Prólogo. Corporal	19
Capítulo primero. Difícil de matar.....	29
1. Un gigantesco lugar común.....	29
2. Claveles y cartuchos de bala	34
3. La estatua de oro.....	39
4. El 47, el muerto que habla.....	48
5. La cabeza tipo <i>Panzer</i>	56
6. «¡Apunten al corazón!».....	62
Capítulo segundo. El buey nacional.....	69
1. El espectáculo de la muerte	69
2. La bestia inmunda	76
3. Cosas vistas	83
4. Tótem y tabú.....	88

Capítulo tercero. No reposan aquí.....	95
1. La zarabanda.....	95
2. Cadáveres y no.....	101
3. Los enfermos de simbolismo	106
4. El ataúd y la historia	113
5. Un héroe de nuestro tiempo.....	118
6. Dos frailes, un jefe de policía y un fascista	124
Capítulo cuarto. El buen Mussolini, que en paz descansa.....	131
1. Falsos testamentos.....	132
2. Mitos teatrales.....	140
3. Autopsias sin cadáver	152
4. Procesos imaginarios.....	155
5. Diálogos de ultratumba.....	161
Capítulo quinto. El otro cuerpo	169
1. El coronel desenmascarado.....	169
2. La invención del carisma.....	175
3. El justiciero del asesino	182
Capítulo sexto. Piedades enfrentadas.....	185
1. Los errabundos restos mortales	185
2. La ira y la sangre	190
3. Los hombres tumba.....	197
4. La mala muerte	203
5. La fiesta del perdón.....	206
Capítulo séptimo. Vuelven las cenizas	215
1. Una tumba para el soldado de infantería	215
2. Peregrinos en Predappio.....	220

<i>Índice general</i>	329
3. La batalla del luto.....	225
4. Tambroniana	228
Epílogo. Memorial	231
Agradecimientos.....	241
Notas	243
Apéndice fotográfico	301
Lista de ilustraciones	315
Índice onomástico.....	317

EN UNA ENTREVISTA JUNG RETRATÓ A MUSSOLINI COMO «el hombre de la fuerza física», con él «se tiene la agradable sensación de estar frente a un ser humano, mientras con Hitler se siente miedo». Seguramente, junto con Berlusconi, el *duce* es el líder político más corporal del siglo XX italiano. El consenso del que llegó a gozar se basó en su físico y en el dominio del espacio. Sergio Luzzatto sigue la pista de ese carisma a través de una visión panorámica del fascismo y del antifascismo cultural y político, pre- y postbélico, incluyendo la gran literatura y la literatura de consumo, hasta completar una apasionante radiografía de las representaciones del dictador en el imaginario colectivo. Cuando la pasión se convirtió en odio, Mussolini fue vejado y colgado ya muerto en la plaza pública, en una «inolvidable, pero no memorable» orgía de violencia que precedió al rastro folletinesco dejado por su cadáver. En 1957, más de diez años después de su fusilamiento, por esas cosas que tiene la política, pudo por fin descansar en Predappio, su pueblo natal.



SERGIO LUZZATTO es profesor de Historia Moderna en la Universidad de Connecticut. Sus libros sobre la Revolución francesa, sobre la Italia de los siglos XIX y XX y sobre la Shoah han sido traducidos a numerosos idiomas. Uno de esos libros, *Partisanos. Una historia de la Resistencia* (Debate, Madrid, 2015), puede leerse en español.